

La ciudad fronteriza 边城

Shen Congwen 沈从文

Estudio preliminar

«SHEN CONGWEN EN LA LITERATURA
CONTEMPORÁNEA CHINA»

Bonnie S. McDougall

Traducido del chino por

Maialen Marín Lacarta

Edicions Bellaterra



La ciudad fronteriza 边城

Shen Congwen 沈从文

Estudio preliminar

«SHEN CONGWEN EN LA LITERATURA
CONTEMPORÁNEA CHINA»

Bonnie S. McDougall

Traducido del chino por

Maialen Marín Lacarta

Edicions Bellaterra

Con la colaboración de:



fundació
Institut Confuci de Barcelona

巴塞罗那孔子学院基金会



国家汉办/孔子学院总部
Hanban(Confucius Institute Headquarters)

Diseño de la cubierta: Joaquín Monclús

Biografía, traducción y notas de Maialen Marín Lacarta

Estudio preliminar de Bonnie S. McDougall, traducido por Yolanda Fontal

© Shen Congwen, 1934

© Edicions Bellaterra, S.L., 2013
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 978-84-7290-631-0
Depósito legal: B. 19.674-2013

Impreso por Global Solutions. Tres Cantos (Madrid)

Capítulo 1

De Sichuan parte una carretera hacia el este que lleva a Hunan. Cerca de la frontera entre las dos provincias, a la altura de una ciudad de montaña llamada Chadong, corre un río en cuya margen se yergue una pequeña pagoda blanca. Al pie de la pagoda, vivía aislada una familia formada por un anciano, una muchacha y un perro amarillo.

El río discurre ondulante bordeando una colina hasta afluir al gran río de Chadong unos tres *li*¹ más abajo. Pero cruzándolo y atajando por la colina, se puede llegar a la ciudad en un solo *li*. El curso del río es como el lomo de un arco cuya cuerda sería el sendero, por eso hay una pequeña diferencia de distancia. De unos veinte *zhang* de ancho, casi setenta metros, corre por un lecho de grandes rocas. Aunque la profundidad de sus aguas serenas hace que sea imposible tocar fondo con una pértiga, se pueden contar los peces que van y vienen de lo límpidas y transparentes que son. Por aquel entonces, constituía un paso principal entre Sichuan y Hunan, pero los escasos recursos económicos no alcanzaban para construir un puente, de modo que se había instalado un transbordador de proa cuadrada. Podía llevar a unos veinte

1. Medida de longitud que equivale aproximadamente a medio kilómetro. (*N. de la T.*)

pasajeros de una vez, entre personas y caballos, y cuando la afluencia aumentaba, hacía varios viajes. En la proa, se erguía una vara de bambú muy corta de la que colgaba una anilla móvil de hierro, y un viejo cable de bambú se extendía de un lado a otro del río. Cuando los clientes se subían a bordo, el barquero enganchaba la anilla al cable y avanzando por él con ambas manos, trasladaba la barca lentamente hacia la margen opuesta. Una vez que se arrimaba a la ribera, gritaba:

—¡Despacio, tengan cuidado!

Y saltaba a tierra tirando de la anilla; entonces, todos los pasajeros, la carga, los caballos y el ganado desembarcaban y se alejaban hasta desaparecer tras la colina. El embarcadero pertenecía a la comunidad, por lo que el pasaje era gratuito. Algunos clientes se sentían incómodos y lanzaban unas monedas a la cubierta, pero el barquero las recogía de una en una y las colocaba en la mano del cliente al mismo tiempo que protestaba con firmeza y enfado:

—Recibo lo que me corresponde: tres *dou*² de arroz y setecientas monedas de cobre. Tengo lo suficiente. ¡No necesito esta limosna!

Pero a veces no funcionaba; la gente no se quedaba tranquila sin retribuir el esfuerzo ajeno, así que siempre había alguien que encontraba la manera de pagar. En esos casos en que el barquero acababa aceptando por cortesía, para calmar su conciencia, mandaba a alguien a Chadong a comprar tabaco y té. Con ese tabaco local de primera calidad liaba fajos y los colgaba de su cinto para regalarlos a manos llenas a cualquier pasajero que los necesitara. Cuando advertía la

2. Medida de capacidad para áridos que equivale a unos 10 litros. (*N. de la T.*)

mirada curiosa del viajero que venía de lejos clavada en el tabaco, introducía un manojo de hojas en su fardo diciéndole:

—¿No ha probado este tabaco? Es del bueno, es excelente, las hojas del tamaño de un puño no parecen buen material, pero su sabor es buenísimo; es perfecto para hacer un regalo.

En cuanto a las hojas de té, cuando llegaba el sexto mes,³ las colocaba en una gran vasija y las dejaba reposar en agua para apagar la sed de los transeúntes.

El barquero era el anciano que vivía al pie de la pagoda. Tenía setenta años y cuidaba de ese lugar desde los veinte; en los últimos cincuenta años había llevado a un sinfín de pasajeros de un lado a otro del río. A pesar de su edad, era fuerte como un roble; le había llegado la hora de descansar, pero el Cielo no se lo permitía, parecía atado a esa vida para siempre. Nunca había reflexionado sobre el sentido que ese trabajo tenía para él, sino que continuaba sencillamente con su vida tranquila y honesta. La muchacha que lo acompañaba era su cielo; gracias a ella, cuando el día despuntaba, sentía la fuerza de la vida y, durante el crepúsculo, no pensaba en extinguirse a la vez que el sol. Sus únicos amigos eran la barca y el perro amarillo; su única familia, esa muchacha.

La madre de la muchacha era la hija única del barquero. Quince años atrás, un militar de Chadong la había cortejado con sus canciones y habían tenido un idilio secreto a espaldas del honrado padre. Después de que ella se quedara encinta, el soldado, que formaba parte de las tropas de guarnición, le propuso que huyeran juntos río abajo. Pero

3. El sexto mes lunar corresponde aproximadamente al mes de julio. (N. de la T.)

la huida tendría consecuencias: él incumpliría sus responsabilidades militares y ella abandonaría al padre y lo dejaría sólo. Por lo tanto, el soldado, después de recapacitar un tiempo, y teniendo en cuenta que ella no tenía el valor de huir lejos y que él se resistía a destrozar su reputación militar, se dijo que aunque no pudieran unirse en vida, nadie podría impedirles morir juntos, y fue el primero en tomar el veneno. La mujer, en cambio, preocupada por el retoño que llevaba en su vientre, no tuvo el valor de cumplir con su parte. Para entonces, el asunto había llegado a oídos del padre, pero éste no le lanzó un solo reproche, sino que actuó como si no supiera nada, y la vida continuó tan apacible como siempre. La hija, llena de vergüenza, pero también de compasión, permaneció junto al padre hasta que nació el bebé y entonces bebió de las frías aguas del río hasta morir en ellas. Como una suerte de milagro, la huérfana creció y, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en una muchacha de trece años. Los bosques de bambú que cubrían las montañas de los alrededores eran de un verde esmeralda intenso, de modo que el viejo barquero escogió al azar un nombre cercano para la pobre huérfana y la llamó Esmeralda.

La muchacha creció bajo el sol y el viento, y su piel se volvió morena; sus ojos, en contacto permanente con el verdor de las montañas y las aguas, tenían la limpidez del cristal. Había sido criada y educada por la naturaleza; cándida y fogosa, se comportaba igual que un animalillo salvaje. Era tan inocente como un ciervo montés, pues nunca había conocido la crueldad, la preocupación o la ira. Si un extraño la observaba con interés desde el transbordador, ella le lanzaba una mirada con sus brillantes ojos, preparada para huir y adentrarse en las montañas en cualquier momento, pero una

vez que comprendía que el observador era inofensivo, volvía a jugar tranquilamente junto al río.

Lloviera o hiciera sol, el viejo barquero permanecía vigilante en la proa de la barca. Cuando aparecía un cliente, inclinaba levemente el torso y haciendo avanzar las manos a lo largo del cable llevaba la barca a la otra orilla. A veces, exhausto, se acostaba sobre las rocas de la ribera para dormir. Entonces, si alguien en la margen opuesta le hacía señas y gritaba que quería cruzar, Esmeralda saltaba a la barca sin darle tiempo a que se levantara y lo reemplazaba con agilidad, pues era experta en maniobrarla y no cometía error alguno. Otras veces, Esmeralda se subía a la barca con el abuelo y el perro amarillo, y ayudaba al abuelo a tirar de la maroma. Cuando se acercaban a la orilla, mientras el abuelo advertía a los pasajeros: «Espacio, tengan cuidado», el perro era el primero en saltar a tierra con el cabo entre los dientes y tiraba de la barca con fuerza hacia la orilla como si cumpliera con su trabajo.

Cuando hacía buen tiempo, como no había clientes, el abuelo y Esmeralda no tenían nada que hacer durante todo el día y se sentaban a tomar el sol en las rocas del acantilado frente a la entrada de la casa. A veces lanzaban un palo de madera al río para incitar al perro amarillo a que bajara a por él; o Esmeralda y el perro escuchaban con atención al abuelo contar relatos de guerras ocurridas en la ciudad muchos años atrás. Otras veces, el abuelo y Esmeralda se divertían interpretando melodías de bodas con sus flautas de bambú. En cuanto llegaba algún cliente, el barquero dejaba de lado la flauta y bajaba para transportarlo. Cuando la barca se ponía en marcha, Esmeralda gritaba desde las rocas con voz aguda:

—¡Abuelo, abuelo, yo toco algo y tú cantas!

El abuelo se ponía a cantar con alegría en medio del río. Su voz ronca y el sonido de la flauta vibraban en la atmósfera silenciosa, y el río parecía animarse un poco. Pero en realidad, la reverberación de la melodía acentuaba paradójicamente el silencio.

En ocasiones embarcaban terneros, rebaños de ovejas o palanquines de novias que venían del este de Sichuan y se dirigían a Chadong; y entonces Esmeralda se peleaba por hacer de barquera, se subía a la proa, tiraba del cable con gestos lentos y deslizaba la barca poco a poco. Una vez que los terneros, las ovejas y el palanquín tomaban tierra, Esmeralda los seguía hasta la cima de la colina y desde ahí los miraba alejarse; luego regresaba a la barca y la llevaba de vuelta a la orilla de su casa. Ella sola imitaba a media voz el balido de las ovejas, el mugido de las vacas, o cogía una flor silvestre y la ataba a su pelo para disfrazarse de novia.

La ciudad de Chadong estaba a un solo *li* del embarcadero. Cuando el abuelo iba a comprar sal o aceite, o a celebrar el Año Nuevo u otra fiesta, le gustaba pararse a tomar un trago. Y si se quedaba en casa, era Esmeralda la que iba a comprar acompañada del perro amarillo. En el comercio en el que vendían todo tipo de artículos, había montañas de fideos, grandes vasijas de azúcar, petardos y velas rojas; y tal era la impresión que causaban en Esmeralda, que de regreso a casa, no paraba de contarle al abuelo todo lo que había visto. También había un gran número de barcos atracados en los muelles, mucho más grandes e interesantes que el transbordador, y Esmeralda tampoco podía olvidarlos con facilidad.